

LOS BAILARINES RUSOS



M^{LE}. ANNA PAVLOVA, PRIMERA BAILARINA
DEL TEATRO IMPERIAL MARIE De «Le Theatre»

Asombro de los públicos de diferentes capitales europeas, por las cuales han realizado una brillante *tournee*, han sido las bailarinas del teatro Imperial ruso, cuya agilidad parece inconcebible y cuya elegancia es innegable.

Reproducimos las fotografías de las dos primeras figuras del famoso cuerpo de baile, y un grabado en que se representa una de las sorprendentes piruetas que ejecutan con tanto arte, que no se vislumbra el esfuerzo en ellas.

París y Londres han festejado como se merecían á los bailarines rusos que durante su permanencia en ambas capitales han constituido el mayor atractivo teatral.



MR. WAZLAOV NIJINSKY, PRIMER BAILARÍN
DEL TEATRO IMPERIAL MARIE De «Le Theatre»



UNA DE LAS ASOMBROSAS PIRUETAS
DE M^{LE}. PAVLOVA Y MR. WAZLAOV NIJINSKY

De «La Donna»

CONSUELO MAYENDIA

Un cuerpecito bien columpiado, unos ojos que dan el quié vive á un muerto—que vaya si despiden ravitos de luz y de alegría,— una cara con mucho ángel, una sonrisa pronta y veinte añitos y un día para celebrarlos, me parece á mí que es una buena cédula para andar por el mundo.

Ahí la tienen ustedes en esta plana, conforme se entra á mano derecha, á la tiplecita valenciana que ha revuelto al público de Apolo.

A los cinco años de hacer su aparición en el teatro Apolo, de Valencia, cuando había cumplido sus quince Añiles bonitos, sentar plaza de capitán general en Madrid, ya es una carrerita.

Consuelo ha entrado, por Real decreto del género chico, en posesión de las simpatías del público, el negociado más difícil, y hoy está en Apolo como en su propia casa.

Al preguntarla sobre algunos detalles de su vida artística, se puso un poco seria.

En esto ocurre lo que sucede cuando vamos á retratarnos.

El fotógrafo nos dice, con la más amable de las sonrisas, antes de destapar el objetivo:

—Vamos á ver; mire usted hacia la derecha; la cabeza un poquito inclinada; la expresión natural; así, sonriendo.

Y nosotros, que tenemos verdadero gusto en complacer al fotógrafo, en fuerza de querer improvisar un gesto sencillo y corriente acabamos por ponernos horriblemente serios.

Igual sucede cuando un artista se halla delante del *objetivo* del *reporter*. Busca y recuerda y... no sale la expresión fácil y sonriente.

Yo no pongo en mi charla con la Mayendia nada de mi repertorio, y me limito á decir que esta criatura tan nerviosilla, tan, al parecer, dicharachera, es por sus adentros reflexiva y juiciosa, muy enamorada de su teatro, para el que sólo vive, y al que llegó, no improvisadamente, sino después de una provechosa enseñanza, pues á los quince años ya tenía terminados, y con premios y matrículas de honor en todos los cursos, las dos carreras de piano y canto.

Esta tiple tan menuda, pero de un alma muy grande, interpreta con la misma facilidad y buena fortuna obras de tan diversa índole como *Cavalleria rusticana*, *Bohemios* y el mismísimo *Club de las solteras*, con la que ha hecho su entrada en Apolo. Igual enloquece al público traduciendo los dolores de Santuzza, que en los romanticismos de una Musette, que cantando coplas de fuego andaluz.

Y aquí la tenéis con el ala del sombrero reclinada garbosamente y los ojillos picarescos, como exclamando: "¡Vaya por ustedes!"

FLORIDOR.

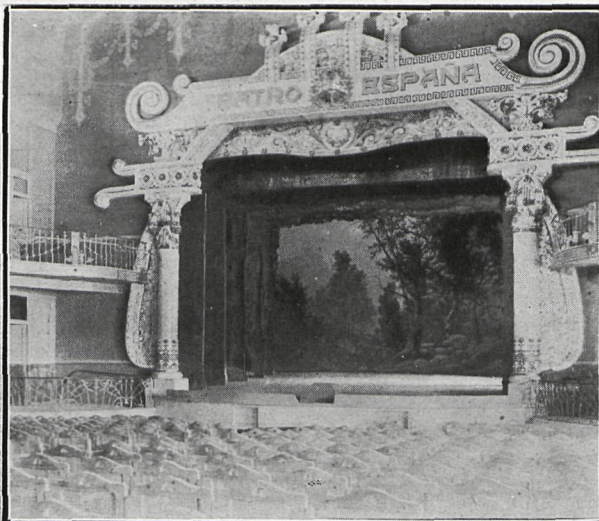


CONSUELO MAYENDIA EN EL CLUB DE LAS SOLTERAS. Fot. Alfonso

INAUGURACION DEL TEATRO ESPAÑA EN BARCELONA



ASPECTO EXTERIOR DEL TEATRO ESPAÑA



INTERIOR DEL TEATRO ESPAÑA

Se ha verificado en Barcelona, con asistencia de representantes de la Prensa y de los artistas de la compañía, la inauguración del teatro España, edificado en el solar que ocupó, frente al circo taurino de las Arenas, un salón de *variétés* que se incendió.

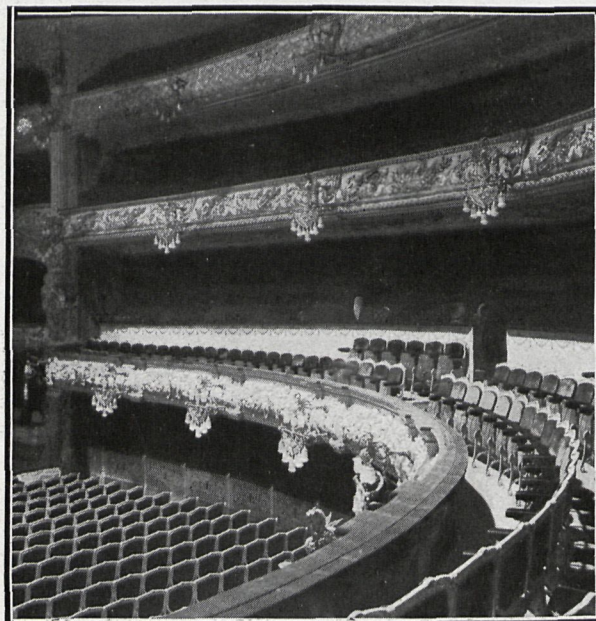
El nuevo coliseo tiene cómoda capacidad para 1.500 personas y reúne magníficas condiciones de

ventilación y de seguridad, pues tiene siete salidas directas á la calle.

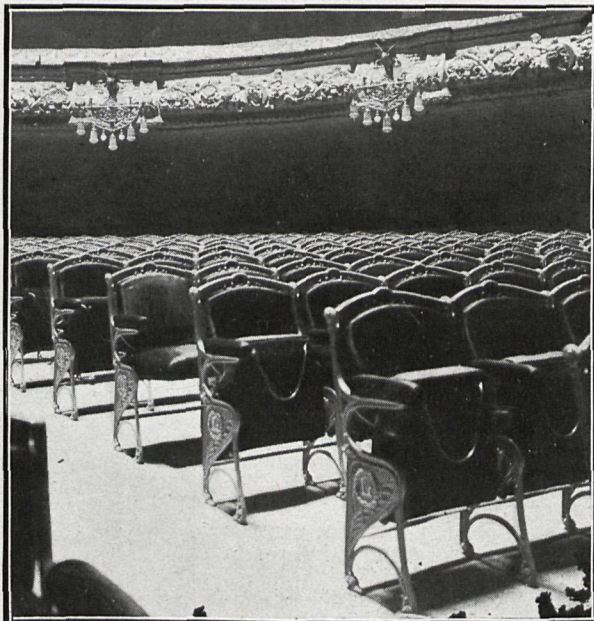
El decorado es sencillo y de buen gusto, y el alumbrado espléndido.

Para trabajar en el teatro España ha sido contratada una compañía cómico-dramática dirigida por el actor D. Rafael Masip, y en la que figuran actores ventajosamente conocidos.

LAS REFORMAS EN EL LICEO DE BARCELONA



LA SALA DEL LICEO VISTA DESDE LAS LOCALIDADES DEL PRIMER PISO



LAS NUEVAS BUTACAS DEL LICEO DE BARCELONA

Fots. Ballell

El teatro del Liceo, que por su grandiosidad puede competir con los más renombrados de Europa y cuya inauguración debió de verificarse anoche, ha sido remozado en su aspecto interior. La reforma ha sido de grandísima importancia, pues puede decirse que la sala ha quedado nueva; nuevos son

la casi totalidad de la ornamentación y las butacas, de forma elegantísima y construídas de modo que, bajo el asiento, que se levanta girando sobre unas bisagras, hay una percha para poder colocar los sombreros, detalle muy práctico que agradecerán sinceramente los espectadores.



LA SEMANA TEATRAL



DEL TEATRO FRANCÉS

EL VERDE SUBIDO

En *Rosas de otoño*, la linda comedia de Benavente resucitada ahora con feliz acuerdo por la empresa de la Comedia, hay un *bout* de diálogo, como diría un francés, que es una síntesis completa de la dramaturgia gala *ad usum hispaniarum*:

—Me dijo que yo era como todos los de mi país, un marido complaciente...

—De eso tiene la culpa la literatura.

Y en efecto; casi todas las letras galas contemporáneas y desde luego toda la literatura dramática que, salvando los Pirineos se nos mete en esta buena y franquísima tierra castellana, no pinta otra cosa que casos de alfonsismo apenas sale á escena un marido ó un amante. El Honor—con H mayúscula, como dijo el otro—podrá valer dos ducados ó dos pesetas; pero si hemos de creer á los literatos más á nuestro alcance, siempre está en venta á mejor ó peor *marché*.

Eso y la virtud ó—hablando con propiedad—todo lo contrario, de las mujeres francesas, forzosamente ha de ser de clavo pasado para quien lea dramas y comedias de los más aplaudidos entre el Cantábrico y Gibraltar. Si en tiempo de *Figaro* el teatro era el país donde más abundaban las mujeres hermosas, ahora, en estos tiempos, todas esas mujeres han dejado que se las lleve el diablo; unas en automóvil, otras en el *Metro* y algunas aun en la imperial del ómnibus de Bagnolles, y los literatos pasan la existencia como el inglés perseguidor del funámbulo: acechando una caída para utilizarla como espectáculo regocijador.

La dramaturgia francesa vulgar es monócroma, de un verde rabioso, que es color de alfalfa enaguarchada y de fruto que no llegó á sazón, y aun cuando quiere ser profunda no tiene nada dentro; es literatura para pasar el rato, sin medula, sin finalidad; muy distante, no ya de las literaturas completamente septentrionales, sino de las fuertes dramaturgias inglesa y alemana de Bernard Shaw ó de Max Helbe y aun de la italiana de Bulti, por

ejemplo, aunque los italianos son aún más latinos que los franceses.

Cuando Adler explica en la Sorbona "Los temas dramáticos en Alemania desde 1870", ó algún compañero suyo pone cátedra de socialismo para explicar literatura dramática inglesa contemporánea, no necesitan ahondar mucho para encontrar en cada comedia la obra de un naturalista ó de un filósofo; de un pensador, siempre que se propone decir algo y lo dice más ó menos artísticamente, logrando así marcar huella más ó menos honda en el espíritu de los que escuchan. Quien hiciera un estudio análogo de la literatura dramática francesa, más traída y llevada por todos los escenarios del mundo, perdería el tiempo buscando esas huellas para calcular la fuerza productora; los dramas y las comedias franceses que nos sirven todos los días, son obras á flor de piel que cosquillean, desarrugan el entrecejo, nos contraen el risorio y pasan sin que volvamos á recordarlas, son comedias de una noche todo lo más, y si el destino nos hace en ocasiones volverlas á ver, dudamos antes de reconocerlas, porque todas ellas son tan iguales como gotas de lluvia. Puestos en lista los diferentes motivos y las distintas maneras de infidelidad y comentadas á la luz de los más diversos orientes de la literatura gala, no dan de sí la infinita variedad, sino la semejanza más paupérrima. Con media docena de combinaciones y permutaciones está hecho todo ese teatro francés que por acá suelen mostrarnos.

Y es inútil que los autores franceses quieran huir de esa superficialidad y sumergirse en lo hondo para buscar tesoros psicológicos; buceen por donde buceen, siempre encuentran el alfonsismo en su ruta; en *Le roi*, comedia que sería tremendamente demoledora si en fuerza de ser hilarante no nos privase de tiempo para pensar, una cartera de ministro calma súbitamente á un Otelo socialista. En *Le scandale*, de Henry Bataille, comedia seriosa con pretensiones de trascendental, ni siquiera es necesario tanto: Otelo deja vivir á Desdémona para no malograr una elección senatorial.

Como *Le roi*, cuatro ó cinco veces centenaria, y *Le scandale*, que

no han llegado aún á nuestros escenarios, son las comedias que á España suelen traer los traductores, y citar esas no es salirse del teatro francés para uso de los extranjeros; ese teatro es el que sirven los teatros de los grandes bulevares y el extranjero en París no suele salir de aquella *callota* larga, populosa y encorvada si no es para subir á Montmartre en coche y por el camino más corto cuando quiere divertirse.

Quien vaya á París y pretenda encontrar españoles de paso, no necesita correr barrios ni azotar calles; en cien metros bien elegidos del bulevar Montmartre ó de Italianos los verá á todos; de allí no suelen pasar y es difícil que vean otros teatros "de verso" que la Renaissance y Varietes, salvo el día que van de oficio ó poco menos á la Comédie. En el Odeón, el teatro Michel, las representaciones de l'Auvre y otros lugares semejantes, no es fácil encontrar compatriotas nuestros ni aun de los "estables", y si éstos van á veces al Grand Guignol es porque allí tiene su asiento la herencia de una época entera del teatro Libre; la literatura á lo Andre Lorde, en amigable convivencia con las más frondosas verdosidades que hacen allí el papel de la ensalada junto al asado, para que no se dude de que los franceses son maestros en arte culinario, y esa literatura atezada y angustiosa suele ser grata á los espíritus fatigados.

Afortunadamente para Francia y para la literatura francesa, ni está en ese repertorio de un solo matiz toda la dramática gala actual ni muchísimo menos; esa parte es, sin duda, la más visible y la que más nos colocan á los hispanos ante la vista; pero ya hay en Francia también autores que saben salir de la alcoba, mirar al mundo y hacer comedias con todo lo que una obra intensa necesita. Lo malo es que de esos autores no se acuerdan nuestros empresarios ni nuestros traductores, y entre *Los reyes*, de Lemaitre, y *El rey* que hacen en Varietes, optarían siempre por el segundo, aun á riesgo de quitarle después toda la mostaza, deslabazándole á fuerza de aguar el vino del condimento.

Porque aquí está precisamente lo

más curioso del caso; aquí se traduce todo lo verde, pero para cambiarle el color, que viene á ser como comprar un cuadro magnífico y embadurnarle después de blanco de plomo porque tiene un desnudo, como si no fuese más cómodo comprar desde luego cuadros que estuviesen bien de ropa.

¿Por qué no eligen mejor nuestros traductores y nuestros empresarios? Lo ignoro; pero sé en cambio que el teatro francés que nos dan á conocer no es, ni mucho menos, todo el teatro francés, y aunque esto lo sabemos muchísimos, conviene decirlo de vez en cuando porque, á lo que se ve, hay también muchísimos que lo ignoran.

ALEJANDRO MIQUIS.

ROSAS DE OTOÑO

NUEVA REPRESENTACIÓN DE ESTA COMEDIA EN TRES ACTOS, DE D. JACINTO BENAVENTE, EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

Las *Rosas de otoño*, de Benavente, han vuelto á florecer en el escenario del Español, donde alcanzaron en su estreno uno de los más francos triunfos de este insigne dramaturgo. Si la rareza y com-



SRTA. MORENO Y SR. BONAFÉ
EN ROSAS DE OTOÑO

plicación de los sentimientos ó la imperiosa fuerza de las emociones fuesen las principales excelencias de la dramática, no se podría incluir á esta comedia entre las mejores de su autor. Pero desechado el supuesto, la tengo por una de las más humanas y conmovedoras, por una de aquellas en que mejor se re-

flejan los pequeños dramas de la vida real que rara vez visten de la púrpura y calzan el coturno de la tragedia; que pasan frecuentemente á nuestro lado inadvertidos y que cuando los vemos y los comprendemos no nos admiran y nos sobrecogen, sino que nos commueven y nos hacen meditar ó soñar, que es muchas veces una meditación poética é inconsciente.



SRTA. MERCEDES PÉREZ DE VARGAS
EN ROSAS DE OTOÑO

Benavente, que es un gran doctor en almas femeninas, presenta en esta comedia una interesante galería de mujeres: Isabel, la resignada, que sabe perdonar y esperar; Carmen, la arrepentida, que expía con sus secretos remordimientos un momento de apasionada locura; María Antonia, la rebelde, que está á punto de practicar la teoría del Talión, en que fenecen tantas honras femeninas; Josefina, la intriganta, de maneras de cocota, que se ofrece y se reserva para estimular los amores seniles... Con un acierto de poeta y una intención de moralista, Benavente ha hecho que entre estas figuras vivientes sea la triunfante la de mayor belleza moral, la de Isabel, que al cabo reina serena en el hogar donde lloró las infidelidades del marido volandero y frívolo y en cuyos labios pone el autor la moraleja delicada y profunda de la comedia:

“Los amores alegres, los amores fáciles que sólo conocen la ilusión y el deseco, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera. Para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, las flores tardías, las rosas de oto-



SRTA. CARBO (A) Y SR. SANTIAGO
EN ROSAS DE OTOÑO

ño; no son las flores del amor, son las flores del deber, cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno.”

“Hay que mezclar siempre la ironía con el sentimiento—ha escrito Remy de Gourmont;—es como la sal ó como el hielo que le impide oler mal.” Parodiando al ensayista francés, podría decirse:



LA SEMANA TEATRAL



“Hay que aderezar la moral con el ingenio, para que no huelga á mañida.” Así ha hecho Benavente en sus *Rosas de otoño*, comedia que para ser como es, clara y profundamente moral, no ha necesitado ser aburrida, ni falsa, ni declamatoria, que es como suelen componer nuestros moralistas sus alegatos y ejemplos á favor de la ética, y así la tienen de corrida y así la han hecho de antipática.

Rosas de otoño es una comedia que Benavente ha brindado como justificación y elogio al sexo femenino. Hubiera podido figurar del lado de las apologías, en aquella disputa de los albores del renacimiento en que siguiendo á Boccaccio se escribieron *Corbachos* y *Libros de las claras mujeres*, vituperios y elogios de la bella mitad del género humano, discursos y expuestos en castellano más ó menos latinizado, por poetas, nobles señores que usaban espada de condestable y reverendos eclesiásticos, expertos en el amor mundano. Mas ésta es sólo una de las caras de la cuestión. Benavente ha visto y representado con acierto uno de los aspectos de la vida: el egoísmo masculino que pide á la mujer fidelidad y no vacila en herir, entregándose á amores fáciles, la dignidad y el corazón de la esposa. La otra comedia, la de las falsedades y traiciones femeninas, se ha escrito muchas veces y no es menos verídica.

Hay en *Rosas de otoño* una clarividente observación de la vida y muchos certeros atisbos de los secretos de las almas. ¡Qué bien injerto está en el carácter de Ramón, hombre de deber, hombre positivo y prosaico, aquel brote poético de la crisis de su dicha conyugal en que ve alejarse el cariño de la esposa, y un día, sin saber por qué, vuelve aquel amor que se había extraviado por vedadas sendas y él lo recibe, ignorando que en aquel viaje misterioso del alma de una mujer romántica ha habido entre la ida y la vuelta una falta! ¡Qué noble y qué humano el carácter de Isabel, que ama y perdona y tal vez ama más al saberse burlada por la seducción de conquistador que rodea al marido infiel! ¡Qué ingeniosa caricatura la del matrimonio afrancesado! ¡Y qué poética adivinación la del carácter del marido galanteador, que á todas per-

sigue y sin embargo reserva un culto, hecho de orgullo, de estimación, de remordimientos y de cariño á la mujer á quien hace llorar, á la suya, que ve rodeada de una aureola de virtud y á la que vuelve al cabo, como á puerto de refugio y descanso!

La interpretación que alcanzó en la Comedia *Rosas de otoño* luchaba con el recuerdo del estreno en el Español y no pudo vencerle. La señorita Moreno, aunque es una inteligente actriz, no podía hacernos olvidar á María Guerrero, ni la señorita Pérez de Vargas, á pesar de los notorios progresos que ha realizado, puede aún rivalizar con Nieves Suárez en papeles como el de María Antonia. De las demás partes principales casi puede decirse otro tanto. Santiago reaparecía en el papel de Adolfo Varona, y aunque le varió un tanto, acertó á darle una de las versiones cómicas posibles del tipo. En conjunto, y aparte de estas comparaciones, debilitadas por el transcurso de los años que han pasado desde el estreno, la interpretación de la obra fué inteligente y discreta y estuvo puesta en escena la comedia con esmero y buen gusto.

NO SOMOS NADIE

SAINETE EN UN ACTO, DE LOS SEÑORES FERNÁNDEZ SHAW Y TORO LUNA, ESTRENADO EN EL TEATRO LARA

Dentro del reducido marco del sainete, que sólo pretende fijar algún rasgo satírico de las costumbres, *No somos nadie* es una obrita bien compuesta, en que no falta gracia y en que hay algunos tipos bien observados. Lucha con la monotonía que ha dado á los cuadros de costumbres andaluzas la repetición de sus personajes y asuntos en nuestro teatro y no es para un autor de la importancia de Fernández Shaw trabajo de empeño, pero entretiene un rato, que para estas obras es razón y finalidad suficiente.

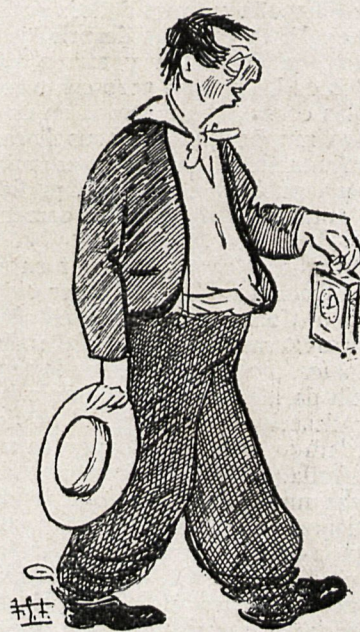
Se trata en el sainete de un antiguo borracho que ha renunciado al vino y con él á la alegría, al buen humor y á la tolerancia con sus parientes y amigos. Todos desean que vuelva á su antigua condición y vuelve, en efecto, tan pronto como torna á gustar el mosto. Esto es lo que tiene de original el sainete, que

parece inspirado en un espíritu báquico ó anacreóntico, pero que quizá tenga una más sutil y aceptable



SR. ROMEA EN NO SOMOS NADIE

moraleja; por ejemplo, la de que el primer deber que tenemos en nuestra vida de relación es no mo-



SR. PUGA EN NO SOMOS NADIE

lestar al prójimo. Si esto no puede conseguirse más que estando á medios pelos, para algo se han inven-



tado la teoría del mal menor y el amoníaco.

La escena más graciosa del sainete es la del borracho que preguntaba con insistencia si se le debe algo al casero. La pesadez y la incoherencia de los que se encuentran en ese estado de enajenación pasajera está muy bien observada en dicho momento del sainete. El Sr. Romea y la Sra. Alba interpretaron á la perfección dicha escena. La señora Ruiz, Simó Raso y con ellos los demás artistas que trabajaron en el estreno, merecieron también los aplausos que el público repartió entre autores y comediantes.

* * *

EL NUEVO CLUB DE LAS SOLTERAS

LA SRTA. MAYENLÍA, EN APOLO

Si yo fuese un agrio moralista de esos que gozan aguándole al prójimo las alegrías, diría quizá algunas esquivas razones acerca de los gustos del público, que no ha podido resistir una docena de representaciones de *La Celestina* y ha hecho un acontecimiento teatral de la reaparición del *Club de las solteras* en Apolo. Por ese camino llegaríamos quizá á la conclusión de la mucha falta que están haciendo en España universidades, institutos y hasta escuelas de primeras letras que desbasten y afinen los gustos de las gentes, pero como todas las cosas que acontecen en este pícaro mundo que es á sus horas tan fantástico, tienen causas suficientes, públicas ó secretas, prefiero limitarme á algún breve comentario del suceso.

Tentado estoy á intercalar en él la pequeña vanidad de haber sido profeta. Cuando se estrenó *El club de las solteras* dije que la Mayendía iba para Apolo, que es como la academia de las tiples, y en Apolo ha entrado triunfante la gentil actriz. Verdad es que ha sido por causa de siniestro, pero sin este caso de fuerza mayor habría sido cuestión de tiempo. Consuelo Mayendía está cortada para el escenario de Apolo. Tiene excelente voz, más de la que se necesita para el género chico, preparación musical, gracia picaresca, desembarazo; sabe darse sus pataditas con la desenvoltura de una profesional de la danza andaluza y acompaña con la móvil expresión del gesto cuanto dice ó

canta en la escena. No es una mujer hermosa, de traza escultórica, pero tiene en altísimo grado el don de la gracia y de la simpatía, que muchas veces vence á las acabadas bellezas. No es imposible que revivan en ella las glorias de Lucía Pastor.

Con todo esto, la ovación que se la hizo en Apolo fué exagerada. En el río de los aplausos flotaba una segunda intención. ¡Parece mentira lo morales que nos hemos vuelto y lo sobresaltado y receloso que anda el exclusivismo masculino en la batalla de los sexos! Algunos de nuestros contemporáneos deben de estar muy alarmados por si las mujeres toman las cosas con el mismo calor. El hecho es que el debut de la Srta. Mayendía parecía el de una artista célebre de reputación mundial, ó una triunfal velada de beneficio, con sus correspondientes palomas, flores, llamadas á escena... Ella se lo merece, pero la ocasión y el designio se dejaban ver demasiado en aquel desbordamiento de entusiasmo.

También á la Srta. La Hera alcanzó alguna parte de este entusiasmo de rechazo y con mucho menor motivo, puesto que no pasó de los límites de una interpretación admisible. La Palou y la Soler en el número de las viudas, Moncayo y Manzano en sus papeles de presidente y secretario, en que aventajan á los artistas de la Zarzuela, oyeron también aplausos, más modestos, pero menos complicados. *El club de las solteras* parece llamado á durar mucho en su nuevo domicilio.

ANDRENIO.

PROVINCIAS

BARCELONA

Salvat, en Novedades, estrenó *La sombra del padre*, comedia de Martínez Sierra, de fondo profundamente moral, pero que no tuvo resonancia entre los literatos por su factura anticuada, y entre el público, por ser escasísimo el que, sin razones que lo expliquen, acude al teatro citado.

Eldorado y Nuevo estrenaron simultáneamente *A la vera del queré*, de Fernández y Gamero, zarzuelita que no naufragó por la música de Vives, fresca como la de los mejores tiempos del maestro. En el Nuevo no

hubo medio de salvar *Las barbas del vecino*.

Éxito y grande obtuvo *El rey (Le roi)*, la famosa comedia innumerables veces representada en el teatro de Varietes, de París, original de Caillavet Flers y Arene, adaptada al catalán por R. C. Prim. Reunió el Principal un público escogido, de manifiesta significación política, para el estreno de dicha obra. Figuraban en él las personalidades más significadas en la derecha del catalanismo, con Cambó al frente, y todos tributaron una ovación expresiva á *El rey*, obra ingeniosa, entretenida y de tesis profunda, aunque parezca ligera por la forma casi caricaturesca. Trátase del rey de un imaginario país moderno, que visita París con todos los halagos que la democrática Francia tributa á sus frecuentes huéspedes regios. Tan crudo es el contraste que en la obra ofrecen los socialistas enamorados del blasón heráldico y los aristocráticos populacheros, que á cada instante las frases de aguda sátira surgen punzantes y crueles. Nada queda en pie de la tercera república francesa; los *leaders* socialistas aparecen politicuelos ambiciosos; las grandes artistas, intrigantes inmorales; sus ideales son materia de lucro; sus burguesas caen en las más bajas aventuras apenas sienten el contacto de las testas coronadas. Ni una sola figura del cuadro merece respeto. Cambó aseguraba en los comentarios de entreacto, que el traductor había sido piadoso con Francia en la adaptación, porque el público barcelonés no habría aceptado *Le roi* si en toda su tremenda desnudez se viera al catalán.

Por tratarse de obra de gran movimiento escénico, no es posible ser exigente con los intérpretes. La dirección escénica no halló esas masas de comparsaría ya organizadas en los grandes teatros extranjeros, y hubo de aceptar los materiales que tuvo á su alcance. Pero á pesar de este grave inconveniente, poco dejó que desear la representación, como no sea la indumentaria de algunas damas, cuyos defectos no sabía el público si atribuir á pobreza de guardarropía ó á deliberado propósito del autor empuñado en ridiculizar á la Francia oficial. Jaime Borrás, hermano del insigne Enrique, interpretó el Juan IV de Silistria con soltura y supo librarse de caer en la caricatura. La Srta. Xirgu, una de las más discretas actrices del teatro catalán, dió á la protagonista todo el carácter canallesco que permiten nuestras costumbres de teatro grande. Es de esperar que *El rey* se represente muchas noches, aunque nada puede asegurarse ante un público que pide estre os sin cesar, como si la cantidad fuera inseparable compañera de la calidad.

Al cerrar esta crónica me asegu-